

Manuel Cortés Blanco

MI PLANETA DE CHOCOLATE



Finalista del II Premio
Internacional Vivencia de Relato



Ediciones
Irreverentes

MANUEL CORTÉS BLANCO

MI PLANETA DE CHOCOLATE

Siete relatos convertidos en novela.
Un homenaje al cuento sin ser cuento.
Una historia dulce dentro de la Historia más amarga.

Finalista del II Premio Internacional Vivendia de Relato

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

©Manuel Cortés Blanco

©Del Prólogo, José Enrique Canabal

De la edición: © Ediciones Irreverentes

Octubre de 2008

Ediciones Irreverentes S.L.

Editor@edicionesirreverentes.com

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-21-7

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

A Transi,
por la ilusión que transmite en cada uno de sus verbos:
amar la música, soñar con primaveras, creer en los cuentos y,
por supuesto, sonreír.

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.

León Felipe

PRÓLOGO

Afirma Manuel Cortés en este “Planeta de chocolate” que los escritores son producto de lo que viven, y viven de gerundios, de participios, de imaginación. Añado que Manuel es un utópico al que –seguro– educaron en los más clásicos valores y ha ido perdiendo el respeto a las normas impuestas para no creer más que en lo imposible, porque, como él mantiene, sólo los utópicos crecen, avanzan, sonrían a mitad de la andadura, sólo los utópicos cultivan imposibles, sólo los utópicos están siempre dispuestos. Este “Planeta de Chocolate” podría considerarse una novela de tesis, porque pretende demostrar algo: que los sueños sólo se alcanzan si se persiguen.

Manuel Cortés parte de una duda al escribir: si una misma cosa puede interpretarse de tantas formas como críticos la analicen; si incluso hasta que alguien no valora lo que has hecho no sabes realmente lo que hiciste. ¿Cómo puede explicar otro una sensación que sólo has sentido tú?

Todos están de acuerdo en que a escribir se aprende escribiendo. ¿Pero qué hay antes del texto? Hay un mundo interno, exclusivo de cada individuo, conformado como consecuencia de su historia personal; y un mundo externo que rodea al individuo. El mundo interno y externo confluyen en el texto. Los factores que obstaculizan o facilitan la creatividad pasan por nuestro mundo interno. Se trata de romper las resistencias y los miedos, y aprender a convertirlos en material literario. El territorio de la escritura está constituido por palabras. Ninguna es inocente, y, según cómo se alíen pueden funcionar como armas combativas o seductoras. Dejarnos llevar por ellas, ir de palabra en palabra y tejer una red sin limitaciones, nos puede brindar estimulantes resultados. Las palabras no son sólo obedientes instrumentos por

medio de los cuales expresamos lo que nos dicta la mente. Tienen un poder amplificador: generan ideas que asombran al que escribe.

Quien pueda suponer lo que ocurre detrás de unos postigos o más allá del planeta; quien sepa visualizar lo que nunca vio o inventar las preocupaciones, los anhelos de los seres ocasionales que casualmente encuentran en su camino, puede escribir. La gran literatura no nace de la razón, sino de la imaginación. Por eso se suele decir que los libros se gestan en silencio.

Hay una relación cercana entre la inspiración e inconsciente. Lo que se ha dado en llamar inspiración o “estímulo interior” que impulsan al escritor, no es algo dirigido conscientemente. Las inspiraciones dependen de nuestra memoria, de nuestra atención de la experimentación y de la lenta germinación de palabras que al fin salen al exterior. Inspiración o trabajo, no es una disyuntiva; a partir de aquí podemos considerarlos como dos etapas complementarias y llamar inspiración a ese tiempo previo a la elaboración consciente, generalmente la de la reescritura. Desde este punto de vista, se la puede nutrir, se la puede provocar. Podríamos llamarla también curiosidad creativa.

Iniciar una narración implica diferentes cuestiones: De dónde nace y cómo comienza. ¿De dónde nace un relato? De todo lo que atañe al ser humano. De la manera de comenzar lo dependerá el interés o el desinterés que el relato despierte en el lector. ¿Finalizar un relato es acabarlo o interrumpirlo? ¿Qué es un final? ¿Cómo llegamos a él? ¿Cómo se construye? ¿Cuándo conviene concebirlo como cese o bien como desenlace? Resolver un relato con un final abierto o uno cerrado no es una decisión arbitraria, sino una exigencia del propio texto. Cuando el lector llega al final de un relato, éste debe dejarle huella, despertar en él una inquietud o incitarlo a una reflexión. Conseguir este efecto depende del acierto en la elección del final.

Todo lo que rodea a un escritor puede ser transformado en literatura: lo que vemos, lo que sentimos, lo que recordamos, lo que soñamos, pasan por el tamiz de lo imaginario y se convierte en material aprovechable para la escritura. Manuel Cortés es de quienes mantienen en su obra creativa una relación crítica con su entorno. Vivir es leer permanentemente el universo. Escribir es la otra cara de la misma moneda; por tanto, mientras vivimos, escribimos mentalmente un texto interminable. La experiencia vivida nos prepara el camino de la escritura tanto en lo que se refiere al contenido como al modo de organizar ese contenido.

Los sueños –y los recuerdos– son por sus argumentos enigmáticos y por su estructura fugaz e incoherente, un instrumento literario insustituible. Pero, ¿cómo utilizarlos? ¿Cómo adueñarnos de sus mecanismos constitutivos, de su lenguaje y de sus símbolos? Rescatar nuestra experiencia onírica es prácticamente la introspección, investigar las imágenes más íntimas, y dejarlas aflorar como parte de un juego creativo. En este sentido, escribir es transformar el contenido latente del sueño en el contenido manifiesto del texto. Las características del sueño propician la fabulación.

Escribir creativamente significa recrear la realidad que percibimos. Desarrollemos nuestra percepción sensorial buscando y practicando formas de apresar olores, sabores, imágenes, sonidos o texturas del entorno narrativo; y dejemos que a través de los sentidos fluyan libremente. La mayoría de las palabras tienen más de un sentido y pueden provocar otras palabras, una atmósfera, un mundo. La pasión léxica ha dominado a muchos escritores que, empleando su capacidad asociativa, han jugado con los sentidos de las palabras hasta encontrar nuevos y potentes recursos creativos en el lenguaje. Al escribir creamos un mundo propio de palabras que se encuentran y desencuentran a nuestra manera, es lo que pro-

ponemos al afirmar que más que un sentido, la palabra esconde sentidos.

El narrador es una de las figuras más importantes de una novela. En el origen de toda narración escrita hay un escritor de carne y hueso. Pero ese escritor no es el que habla en el relato. Tiene a su disposición varios disfraces: son los distintos narradores que se pueden elegir a la hora de contar. No es el autor, sino el narrador, quien cuenta la historia. El autor de la palabra es el narrador, elemento determinante que organiza la narración, adoptando diversas perspectivas que orientan al lector. El escritor deberá elegir un punto real o imaginario, desde donde enfocará los hechos a través del narrador, que lo contará con un tono de voz también elegido por razones de conveniencia. La voz emisora del relato, voz ficticia, es el eje de las estrategias narrativas: la columna vertebral de la ficción. En este sentido el narrador testigo es menos coercitivo que el narrador omnisciente, aunque ambos optan por la tercera persona. Generalmente el narrador testigo observa a dúo con el lector. Cuando son varios los narradores testigos y cada uno ve los eventos de formas distintas, entonces estamos ante el multiperspectivismo.

También un objeto, por ejemplo una casa, una escuela, un hospital, o un cuartel se pueden convertir en narradores; lo mismo puede ocurrir con los animales. Ser el centro de la historia es lo que consiente un narrador protagonista. Es el que habla de sí mismo como eje de la narración y explica la historia narrada desde su punto de vista. Usa preferentemente la primera persona, más subjetiva que la tercera. Es una voz específica y “directa” en lugar de alguien anónimo que nos dice lo que hay que saber, de ahí que resulte más creíble para el lector.

¿Qué significa el lector para el escritor? ¿El lector tiene alguna influencia en la creación literaria? ¿Se puede detectar su presencia en el texto? Cuando escribimos presuponemos a un

lector y a través del texto se establece una comunicación, más o menos consciente, entre el emisor y un destinatario. Pero, además, podemos considerarlo un auténtico interlocutor e interpretarlo mientras escribimos. Para Manuel Cortés, el lector es parte esencial de esta obra, y de textos como *Cartas para un país sin magia*, porque como narrador, Manuel Cortés es un “contador”, un personaje cercano que se separa de la Historia, prepara un rincón acogedor, y nos permite revivir un tiempo y unos hechos –que quizá nunca sucedieron– pero que en su voz narrativa cobran verosimilitud, son gratos y dejan una enseñanza. Esta forma de afrontar la narración entronca a Manuel Cortés con el Siglo de Oro y con los clásicos griegos y romanos, aunque sus formas y sus contenidos sean los de su época.

¿Qué es el tiempo literario? ¿Y el tiempo psicológico? ¿Y el narrativo? En literatura es necesario abordar el tiempo desde perspectivas muy distintas. El tiempo de la ficción nos permite transgredir la línea cronológica de los hechos y así podemos transformar el tiempo psicológico en literario. El elemento narrativo fundamental que, junto al espacio, define el marco de los personajes y los hechos del tiempo. Indica el avance del relato, que podemos acelerar o ralentizar según convenga.

Los experimentos con el tiempo han sido los más llamativos en la renovación de las técnicas narrativas: se ha conseguido incorporar en las obras de ficción el tiempo psicológico. Antes se seguía, en el desarrollo de la trama, una línea cronológica y ordenada. Pero ahora prevalece el tiempo psicológico, el realmente vivido por los personajes.

En *El Quijote*, en el episodio de la cueva de Montesinos, para Sancho y su acompañante, transcurre el tiempo convencional, poco más de una hora; para Don Quijote, es un tiempo imaginario: tres días y tres noches. En *La montaña mágica*, de Tomas Mann, un personaje le cuenta a otro que los residentes del sanatorio perciben el tiempo de modo distinto. En *Sobre*

héroes y tumbas, de Ernesto Sábato, mientras el narrador describe el tiempo convencional, los personajes manifiestan un tiempo vivencial. El narrador puede modificar el proceso natural o lógico y enfocar el relato hacia el pasado o el futuro. También puede manipular el tiempo de la historia narrada de tal manera que le permita incorporar en la trama situaciones de entrecruzamiento, simultaneidad, coincidencia, reiteración o detención, por ejemplo. Así lo hace Manuel Cortés con el fin de lograr una prosa poética que permita al lector reconocerse en ese niño doblemente bastardo, doblemente expósito, protagonista de esta “novela de cuentos”. Cuando presidí el Jurado del II Premio Internacional Vivencia de Relatos comprendí que estábamos ante una obra que tenía raíces profundas en la literatura clásica y al mismo tiempo alas, que había tomado de las vanguardias literarias. ¿Y para qué? Para contarnos una historia de esas que se relatan al calor del fuego, que enternecen el espíritu, eso que decían los críticos más respetados que no podría suceder tras los horrores del siglo XX, pero parece ser que las grandes afirmaciones que se convierten en dogma de fe, nacen para ser desmentidas.

José Enrique Canabal Barreiro
Guadalajara, agosto de dos mil ocho.

PREFACIO

(Mi derecho a cambiar)

Hace tiempo, cuando yo era un escolar de pelo engominado, alguien me prometió que con el paso de los años acabaría siendo mayor.

Aquel fue el principal de mis anhelos. Dejar de ser niño para comer cuantas onzas de chocolate quisiera sin que nadie nombrase las caries, jugar en el arenero antes de finiquitar los deberes de clase, no tener que acostarme si ponen dos rombos en la televisión.

Entre piezas de mecano, el mundo de los adultos parecía extraordinario: con su derecho a voto en elecciones al Parlamento, esa fiebre del sábado noche, los billetes de cien pesetas en día de paga, tantos secretos de alcoba aun sin saber lo que es un secreto, aun sin saber lo que es una alcoba.

—Cuando sea grande los resolveré —repetía ante el espejo—. ¡Eso de que a los bebés los trae la cigüeña no acaba de convencerme!

Y sin matemáticas, lavado de manos con *jabón lagarto*, jara-be de quina, regañinas si no besas a aquella abuela segunda.

Además, para ello no hace falta mucho: tan sólo esperar.

Desde esa predicción, a los doce o trece años sufriré una etapa de vaivenes con nombre propio: adolescencia. Por culpa de algo llamado hormonas mi cara se llenará de espinillas, la piel de vello, creceré casi un palmo y mi comportamiento irritará a mamá. Le agobiaré con propuestas infinitas que se responden en una sola palabra: no. Chillará por mis silencios, verá con malos ojos las mejores compañías. Incluso pensará que soy un caso único, un joven difícil; pero mi conducta será tan habitual que vendrá recogida en todos los manuales editados al respecto.

Oteando el cielo durante un campamento de agosto, me sorprenderá la grandeza del cosmos. Después de una excursión organizada a cualquier ciudad con museos, presumiré de haber viajado tanto como papá.

En tiempos del instituto, alguien me tentará con una calada a ese pitillo furtivo. Por suerte, siempre lo he tenido claro: nada como no empezar.

En el guateque de un sábado por la noche, bajo los acordes de un tal Joan Manuel Serrat, conoceré a alguna rubia que acelerare mi pulso. La capacidad de latir juntos se llama amor. A su lado aprenderé que sólo duelen los besos de mentira, que lo eterno dura demasiado poco, que nunca se pierde lo que no has tenido... y que a veces, tantas veces, a la margarita le hacemos preguntas equivocadas.

¡Qué fácil se construye el futuro ante una pizarra en blanco!

En ese proceso no habrá lugar para muchos cambios. La naturaleza humana es así y así seguirá. Crecer forma parte de la vida.

Con el discurrir del calendario fui constatando con más o menos acierto cómo aquella relación de acontecimientos seguía el guión establecido: dos números más de pie tras volver de vacaciones, acné al ingreso en el instituto, bigote con pelusilla en física de primero... Y mamá al lado, supervisando:

–No te toques, no te afeites, o te saldrá mucho más.

El caso es que lentamente iba conquistando el objetivo marcado: ser adulto.

Por fin, el día que hubo dieciocho velas sobre mi tarta encontré en ella el mejor de los regalos: la mayoría de edad. A su lado, esos utensilios que definen al hombre: un reloj sumergible a cien metros (¿alcanzaré algún día semejante profundidad?), pantalón vaquero con remiendos, camiseta sin carátula infantil. No asoman triciclos, acuarelas o calcetines blancos. Y lo mejor: la promesa de papá de que en verano podré hacerme la permanente.

¡Cuántos disparates cometemos en nombre del progreso!

De lo que nadie me habló en aquel pupitre de escuela fue de algo clave a lo largo de una vida: mi derecho a cambiar. No en vano, así lo establece la propia fisiología al remodelar periódicamente el organismo: los glóbulos rojos cada cuatro meses, las plaquetas en nueve días, algunos linfocitos apenas duran horas... Nuestro cuerpo se transforma a un ritmo vertiginoso: ¡millones de células por segundo! Y si esas unidades diminutas lo consiguen, ¿cómo siendo tan grandes no van a hacerlo nuestros miedos?

De hecho, con esa mayoría de edad recién estrenada creía firmemente en unos conceptos que con el curso del tiempo he ido poniendo en su lugar.

Por entonces defendía la justicia contra viento y marea: todo para todos. Hoy, aun cuando siga confiando en ella, antepongo la equidad: más para quien más lo necesite.

Apostaba ciegamente por el optimismo: nada puede salir mal. Desde mis vivencias, prefiero la actitud positiva: obtener lo mejor de cada cosa pues no siempre acaban saliendo bien.

Si antes pretendía la cordura, actualmente disfruto mis contradicciones: llorando de alegría, mintiéndote con verdades, esperando despierto por verte dormida, discutiendo en la antecámara de otra reconciliación.

Antaño prefería el asfalto a la arena, las prisas al sosiego, el cloro de tu piscina a la espuma del mar. Tener fortuna a ser afortunado. Creía firmemente en el complejo de superioridad del ser humano: si carezco de alas, invento el avión; si no puedo sumergirme, diseño un submarino. Bacterias contra el petróleo, tomates vitaminados, paseos por el espacio. Imposible poner límite a nuestros retos.

Sin embargo, fuera de ellos, las cosas no han resultado como pensaba. La madurez no equivale a ninguna panacea: un título académico colgado en el salón queda muy bonito pero no da

de comer, ningún reloj vaticina que vengan buenos tiempos, fumar sin censura sólo garantiza que será el tabaco lo último que te abandone.

El mañana ha secuestrado los colores. Un guardia en zona azul controla las horas a las que aparcas; unas páginas de amarillo, la información que manejas. Y ha surgido un quinto jinete del Apocalipsis: las hipotecas; convirtiéndote en okupa de tu propia casa ¿De qué sirve tener derecho a vivienda digna si no tenemos vivienda digna?

A causa del calentamiento global las flores no esperan su primavera, los osos renuncian a hibernar, los casquetes polares se derriten. ¡Hasta el aire se ha transformado en artículo de consumo! Nieva en agosto, solea en abril. Las aves migratorias han perdido su apellido. ¡A este paso, tendremos que cambiar el refranero!

Embelesado en ese objetivo de ser y sentirme mayor, la experiencia giró mi perspectiva: envejecer depende del segundo, crecer depende de ti.

Hoy, gracias a ella, no tengo ninguna duda: lo que realmente anhelo es conservar ciertos rasgos de niño. Al igual que Benito, el pequeño protagonista de esta historia, quisiera reír con mis cosas, disfrutar de los amigos, tener ilusiones, un pasado, un presente, un futuro. ¡Y un planeta donde vivirlos!

E incluso esa máxima a la que amarrarse en tiempos de incertidumbre:

—Cuando debas elegir entre dos opciones, toma siempre la que tenga chocolate.

Mi ficción parece autobiográfica.

Si en aquella escala de valores no había sitio para la salud, ¡a mis cuarenta brindo por ella! Si en mi idea de futuro no entra la ecología, ¡mi presente suspira por un desarrollo sostenible! Sin nada que perder, sin nada que envidiar. Escribiendo lo que dicte esa imaginación que me susurra, a sabiendas de que

para gustos no son los colores sino los sueños. Y, cómo no, preservando un deseo añadido: que aún estemos a tiempo de cambiar.

Por cierto, en ese proceso de maduración descubrí muchas, muchísimas verdades. Entre ellas una que ya suponía: la cigüeña no trae a los recién nacidos... ¡Vienen de París!

Manuel Cortés Blanco

ENTRE VOTOS Y DEVOTOS

Aun llevando medio siglo al otro lado del charco, Benito Expósito Expósito será gallego siempre. Porque los gallegos, como él mismo asegura, nacen en cualquier aldea de Galicia a condición de residir allá donde les plazca.

La naturaleza de ese nombre merece una explicación. Y es que en su linaje, si las cosas son, lo son por algo. Expósito Expósito para que quedase claro que a las pocas horas de vida fue abandonado entre mimbres junto al portalón de aquel monasterio. Sin coordenadas que le definieran, sin pañales, sin una palabra amable justificando semejante decisión. ¿Cómo recordar lo que jamás sucedió?

Nada más hermoso que un lactante en brazos de su madre. Nada más extraordinario, nada más normal. Evidentemente, los hombres no nacemos iguales. A la vida corresponde ser consecuente con esas diferencias.

Pensó demasiado en ello, quiénes serán sus padres, por qué, para qué. ¿Cómo a mí me tocó ser yo? En sueños se imagina a su lado, jugando en los albores del pazo. Papá ordeña las vacas, mamá calienta un tazón de leche. Al fondo, a través de la ventana, un hórreo de piedra salva el grano de la intemperie. Si en el corazón de una familia caben todos, ¿por qué todos menos él?

Se lo expliquen o no, hay demasiadas cosas que nunca entenderá. Las infancias perdidas son las más buscadas. Y aunque a veces presumiera de alta cuna, meció sus auroras entre los bajos de una litera.

Difícil, muy difícil para un hijo de la inclusa cumplir con el cuarto mandamiento.

Para asignarle nombre propio se barajan otras dudas. Quizás Geroncio, como el mártir del día; Tarasio, por el religioso que

le encontró; o Santiago, patrono de estas tierras. ¡Decidido despacio que es para toda la vida!

Al final eligen Benito, como el santo venerado en aquella congregación. No obstante, le advertían tanto por hablar durante la catequesis, que hasta los cinco o seis años estuvo realmente convencido de que se llamaba ¡Silencio!

Corre mediados de 1928, año del dragón en el calendario chino; si bien en época de penuria esas lindezas carecen de importancia.

Junto a otro plantel de chavales en su misma situación, los monjes acogen al pequeño. Sea por miedos, necesidad, hambre u otras razones que no alcanzo a comprender, los abandonos se suman ante el asilo. Los padres nunca tienen el hijo que sueñan, ni los hijos el padre que desean. ¡El trastero desborda cestillos!

Decenas de baberos, gemelos de sí mismos. Llorando y sonriendo con tanta diferencia, riñendo y jugando en tan poca distancia, odiando y amando con la misma intensidad. Aquél que pinta tu infancia merece llamarse hermano. ¡Qué importa la matriz de donde venga!

Una bula estampada en rojo asume tal realidad, autorizando la ubicación del hospicio en los anexos del monasterio; en ese portal sin número de la calle más importante de Europa: el Camino de Santiago. Al menos, y eso las madres lo saben, allí serán amparados.

Posada de peregrino, penitencia del penitente, premio para el bienaventurado. Dentro de sus paredes nos sentimos parroquia.

Magnífica, espiritual, casi perfecta, tremendamente hermosa. Halagos para una iglesia que se derraman entre la piedra marcada por los canteros. Además, su románico luce esa otra belleza invisible, tan propia de los sitios de bien. Se nota que aquí se ha rezado mucho.

Y en efecto, Galicia: *a terra dos fillos de Breogán*.

El folklore celta asoma por los rincones, en estancias alejadas del asfalto. Su mitología, ora áspera, ora risueña, jamás será indiferente. Una sucesión de seres que viven en nuestra imaginación, alcanzando tantas formas como personas los imaginen. Las *mouras*, mujeres hermosas que habitan en sus castros guardando tesoros; el *trasno*, ese duende casero que acostumbra a revolver en la cocina; el *Bergantín Pantasma*, un barco pirata hundido frente a las Islas Cíes, que resurge en cada noche de tormenta. Los *Xacios* del río Miño, el *Diaño Bulheiro* de las veredas, la *Peeira dos Lobos* de los bosques, el gigante *Olláparo*. Y, por supuesto, las meigas. Algunas nunca envejecen porque siempre fueron viejas. Otras respiran con tal ansia que parece no haber aire que las sacie. Y todas, absolutamente todas, gozan de un sexto sentido que arremete cuando alguien les injuria.

Galicia, patrimonio de cuentos y leyendas. Quien así la siente, vaya a donde vaya seguirá estando allí. Quizá por eso el mismísimo Dios, después de crear el mundo, decidió apoyarse en ella para descansar, dando forma con los dedos de sus manos a las actuales rías mayores.

Cada una de estas historias ayuda a los chiquillos a estar menos solos. Para sonreír no precisan más motivos.

Porque vivir sin imaginar es peligroso: obliga a conformarse con la vida.

...

Entre refranes de santos, las meriendas se suceden. *Por San Miguel, los higos son miel. De San Pablo en adelante, no hay niebla que no levante. Por Santa Margarita, la lluvia, más que dar, quita.*

Entre migas con leche, sarampión, bienaventuranzas y papillas, los centímetros se añaden a la cinta, los animales al

calendario chino: 1932, dedicado al mono; 1933, a ese otro gallo que cantaría; 1934, al mejor amigo del hombre después de un juguete; 1935, al cerdo.

Entre votos y devotos, cual uno más de la comunidad, Benito va creciendo, compartiendo con todos su pobreza. No hace queja de tanta legumbre, de tan poco magro. Donde comen dos comen veinte, que lo bien repartido hace provecho. Judías, garbanzos, otra vez judías, otra vez garbanzos. En la variedad está el gusto. Si uno viene de un desayuno triste, el almuerzo parece más triste todavía. Y es que no hay que ingerir mucho; el estómago se envicia.

Luce cuanta obediencia se puede pedir a un niño, aun a sabiendas de que su cartilla no estará exenta de travesuras.

—Padre, concede comprensión a mis superiores para que no se enfaden conmigo —reza ante el Cristo yacente—. Por favor, hazlo de prisa, que acabo de romper una tinaja.

La castidad todavía no cuenta.

Sin embargo, el peor de entre esos votos es el mutismo durante los almuerzos. Más de una vez, mientras su orador recita las lecturas en el refectorio, se habría puesto a gritar. Hablar bajo, despacito y a ser posible, poco. Tardará en comprender que una comunicación sin silencios no es comunicación.

De su adiestramiento se encarga maese Quirino. Allí, en una antigua celda convertida en aula, imparte sus lecciones magistrales a los zagales que habitan el convento. Melómano de tonsura, otorga a la música cualidades divinas. Si de él dependiera, el cosmos sería un auditorio.

Desde su atril carcomido, asegura que tal arte goza del don de la ubicuidad pues se encuentra en todas partes: en la cuadratura de las sumas, entre las ondas de la física, con la historia del hombre (¿acaso habría humanidad sin folklore?), en el refranero. No en vano, al alba se musita entre campanas la

frase del día: *no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.*

Benito lo empezará a aplicar mañana.

Fue mal estudiante. Listo sí, más listo que el hambre; pero buen estudiante... ¡nunca! Si hubiese hincado los codos tanto como las rodillas, alcanzaría a saber que los números primos no forman una familia. Si hubiera repasado los apuntes en vez de adiestrar su mano derecha para corregir el defecto de ser zurdo, comprendería que Santiago Ramón y Cajal no se refiere a tres personas distintas.

El ateísmo no responde a ningún movimiento de los seguidores de su amigo Teo. Catetos son los lados que forman ángulo recto en un triángulo rectángulo, además de los lugareños que asegura el tendero. Si definió a Dios como impotente fue por error; en verdad quiso decir omnipotente. Y que no se le ocurra ninguna respuesta para tantas preguntas, no significa nada; pudiendo luego dar una buena, ¿por qué conformarse ya con una mediana?

Sin sabiduría nadie va a ninguna parte.

Cierto es que si los Apóstoles fuesen unos ignorantes jamás habrían escrito sus cartas a los corintios. Ahora bien, ¿acaso algún corintio les respondió? Además, habiendo lenguas muertas, ¿para qué las vamos a resucitar?

Y cierto también, que los santos ofrecen un buen ejemplo en el que mirarse. Concibe de Santa Rita que *lo que se da no se quita*; de Santo Tomás, que *una y no más*; de San Ignacio de Loyola, que *en desolación no hay que hacer mudanza*.

La constancia le persigue, aunque acostumbra a esquivarla entre plegarias. Mejor no saber nada que estar equivocado.

—Señor, concédeme muchas, muchísimas ganas de aprenderora en el silencio de la capilla—. Pero no pasa nada si esperas unos años.

A la luna le ha dicho mil veces que el lunes menos pensado comienza a estudiar: el dos, el tres y otros múltiplos de cinco.

Ante ella hace propósito sincero de aplicarse para siempre; ¡lástima que en estos tiempos dure tan poco ese para siempre!

Una tarde maese Quirino le explica en el claustro que la vida rebosa metáforas, sacramentos. Todo tiene una simbología, una lógica, una numerología. El león tallado en el capitel representa el Bien; la serpiente pone su cara al Mal. La hiedra simboliza la amistad. El sándalo: la virtud. La cizaña: el vicio. Las vidrieras obran el milagro de convertir la luz exterior en luz espiritual, mostrando escenas bíblicas a través del cristal: son el catecismo de quienes no saben leer. E incluso ese adiós con el que se despiden, realmente significa hasta Dios.

Ni siquiera el arco iris pinta a su libre albedrío. El blanco induce la luz, la inocencia, la gloria; se usa durante los misterios gozosos del rosario. El verde es testigo de la vida, de la frescura y lozanía del alma; se emplea los domingos. El rojo, fuego y sangre en una tonalidad, equivale al sacrificio; propio de celebraciones que reflejen la Pasión. Los morados indican penitencia, humildad, recogimiento; en Cuaresma, Adviento, Semana Santa. Y negro, para los días de luto.

A lo que vino, amén. A lo que viene, aleluya. A lo que venga, hosanna.

Lo dicho: todo tiene su simbología.

—Y qué le parece si inventamos más signos para jugar —pone el pequeño alumno—. ¡ Al rojo que te cojo, al amarillo que te pillo, al gris que te atrapo en un tris...!

Ser cristiano no obliga a ser perfecto; por algo somos humanos, no santos.

Otro tanto ocurre con las cifras. En la tradición católica el dos manifiesta la lucha permanente entre el bien y el mal, la oposición de contrarios. El tres, el movimiento continuo y la perfección de lo acabado. El cuatro alude al orden cósmico creado por Dios. El pentagrama es el signo del Hombre. Para San Ambrosio, el seis constituye la armonía perfecta.

Incluso tanta referencia al siete en los textos monacales no parece fruto de la casualidad: las peticiones del padrenuestro, las virtudes teologales, los pecados capitales.

—¡Me cae gracioso ese número! A partir de mañana, cuando llamen a maitines, en vez de cinco, dormiré siete minutos más.

Tan importante estudiar como hacer bien los descansos, si bien su pereza le ocupa demasiado.

Una tarde el mismo maese, tras detallar la secuencia de la Creación, convida a sus alumnos a un ejercicio imaginativo:

—¿Por qué el Señor pensó antes en los planetas que en los animales?, ¿cómo habríais creado vosotros?

El profesor a sus clases tiene que ir a aprender.

—Yo haría las cosas siguiendo los números —apunta Nicesio, llamado así en memoria de un antiguo confesor—. El primer día, aquello que fuese único: la galleta del desayuno, la nariz, un corazón... El segundo, lo que suene a pares: mis orejas, las lentes de sus gafas... El tercero, de tres en tres: triángulos, tridentes, la vez a la que va la vencida... Y así, sucesivamente, hasta llegar al séptimo: los colores del arco iris, las vidas que tiene un gato, las notas musicales.

¡Muy ingenioso!, aun cuando por tal regla sobrarían dedos de las manos y los años terminarían en agosto. No obstante, aquella respuesta convence al maestro; con razón Nicesio es su alumno aventajado. ¿Por qué toda la cultura te la has llevado tú?

Toca el turno de Simón, afortunado de que sus padres dejasen una carta en el cestillo, sin dar opción a que los monjes escogieran su nombre.

—Yo de abajo a arriba. El lunes: cuevas, madrigueras, alcanfarillas. El martes, lo del suelo. En miércoles lo que esté por encima. Y así, ordenadamente, hasta llegar el domingo a lo más alto.

Sin ser tan meritorio, tampoco ha decepcionado. Cuando las cosas están casi bien, hay que darlas por buenas.

Mientras, desde la última fila, Benito alza su mano. ¡Qué habrá pensado en esta ocasión!

A quien insiste en decirlo nunca se le pregunta. Sin embargo, el viejo docente tiene curiosidad por conocer su razonamiento.

Adicto a copiar de los compañeros, el niño defiende este gesto como una muestra de confianza hacia su inteligencia. En la vida lo importante no es saber, sino estar junto al que sabe. Ahí reposa el secreto del éxito. No obstante, en esta ocasión su respuesta sale de dentro:

–Yo habría estado durmiendo los siete días.

–¿Durmiendo? –replica el monje–. ¿No te da vergüenza? En esas circunstancias el mundo no existiría.

–¿Acaso el refrán de hoy no dice *es mejor no hacer algo que hacerlo mal*? Pues si Dios siendo perfecto lo hizo así, ¿cómo me habría quedado a mí?

En los tiempos actuales sería evidente que detrás de esa respuesta late un problema de autoestima. Por entonces, la cosa resulta más sencilla: el problema, si existe, es sólo de educación.

El prior le ha citado en su despacho. Imposible agradar al Señor con medias tintas. Lo más terrible del mundo es su silencio, y sin fe el silencio está servido. ¿Qué nos va a decir si no le creemos?

Esa irreverencia le cuesta una hora en el pasillo, dos postres y tres tardes sin recreo. Nada comparado con la Navidad que raptó al Niño del pesebre:

*Si quieren recuperar al Jesús del Belén, denle a Benito
INMEDIATAMENTE una tableta de chocolate.*

Así, con mayúsculas y alguna que otra falta de ortografía.

–Di que fuiste tú, que a ti no te riñen –suplica a Nicesio tras quedar en descubierto–.

Mas esa línea en la nota del rescate le delató.

Benito tampoco olvidará el día que, a pesar de la advertencia que hicieron en la Pascua, abrió el portalón de la paridera permitiendo que escapase el ganado. Cada oveja sin su pareja; y descarriadas, como en la Biblia. Fue jugando, sin ninguna mala intención.

Lo siente mucho, especialmente por maese Quirino. Tendrá que dar la cara por él ante el resto de la congregación. No en vano, merece un castigo pues ha quebrantado la norma establecida.

El propio religioso le lleva al corral. Allí ejecuta su condena. Diez azotes en cada nalga con rama de castaño secada al sol; pero son de mentira. Mientras él atiza con la vara sobre un tronco, el pequeño, simultáneamente, se queja entre sollozos.

Coordinaron muy bien aquel escarmiento. Incluso al salir, fiel a su consejo, anduvo renqueante simulando el trasero dolorido.

Los hermanos que aguardan fuera quedan satisfechos. Ha hecho lo que hay que hacer. Sus amigos y los amigos de sus amigos callan por si acaso.

Entre tanto, aprende una doble lección. Por un lado, jura propósito de enmienda para no enredar de nuevo con el cerrojo de puerta ajena. Por otro, advierte que maese Quirino no pretende castigarle, y si construyeron tal simulacro fue por otras razones. Quizás desease calmar al prior, quizás dar ejemplo a la chiquillería. Sea como fuere, nunca quiso hacerle daño.

¡Qué complicado resulta eso de ser juez y parte!

Y es que los ojos hundidos de aquel maestro añoran las rabietas de los hijos que nunca tendrá. De ahí que también interceda a favor de Nicesio, a quien los ronquidos delatan durante una vigilia. ¡Qué bien haberle pillado!; por fin existe un motivo para regañarle. E incluso de Simón, por tener la osadía de escapar en busca de sus padres; aquella anotación en el cesti-

llo, referida a un puerto de mar, le hizo albergar esperanzas. Sin embargo, aunque su paciencia acabe tan pronto, su indulgencia reluce infinita. Será nuestro abogado en el juicio final.

...

¿Qué es pecado? Una duda al vacío, un pensamiento en falso, un deseo sin red, acaso alguna virtud con mala reputación. Pecar equivale a mentir, omitir, negar, renegar. Quien no estudia, peca. Quien come mucho, peca. Quien organiza una pelea de almohadas, peca.

¡Pobre Benito! O cambia de gustos o acabará en el Infierno.

Bajo esa premisa, ni el cuarto de retiro, ni la biblioteca pintada en latín, ni el jardín con tantos lirios, ni las caballerizas que usara de escondite. Su lugar preferido en aquel monasterio es... ¡la cocina!

Siempre imaginó que el paraíso quedaría cerca de las sartenes. Que así como los rezos alimentan el alma, un filete hace lo propio con el cuerpo.

Allí, entre vinagres y especias, descubre a maese Tarsicio, bautizado con tal nombre en honor del patrono de los monaguillos. No obstante, atendiendo a su maña culinaria debería llamarse Pascual Bailón, como el santo de las cazuelas, a quien tantas veces se encomendara en sus guisos:

*San Pascualiño, San Pascualiño,
que este caldo salga riquiño.*

Maese Tarsicio acostumbra a hacer gala de una generosidad particular. Si los niños se portan bien, les prepara una tostada con manteca. Si se portan mejor, se la da. Cuando una tiritona agarrota las ideas, permite a los pequeños acercarse al brasero. Todos juntos, que el calor humano une mucho y es de lo más natural. Si pese a ello el frío persiste, entonces lo encenderá.

—¡No nos ofrezca tanto... no nos ofrezca tanto! — le imploran con ironía—.

A lo que responde con un aforismo:

—Si se te da, aunque lo rechaces. Si se te niega, aunque lo pidas.

A su lado, Benito descubre los entresijos de la gastronomía, que la cocina sencilla es la más difícil, el segundo precepto de la Iglesia: no comer carne los viernes ni otros días prohibidos. Luego, si hoy es martes y nadie lo prohíbe, ¿por qué no comemos carne?

Y, cómo no, la mayor de las exquisiteces: una tarta de chocolate. ¡La prueba irrefutable de que Dios existe!

Después de tanta legumbre, parece imposible probar algo tan sabroso.

Según el hermano repostero, el cacao con el que se elabora no crece en nuestro huerto. Lo trae Venancio, el tendero, en su furgoneta de cada mañana, aun cuando en su origen este producto viene de muy lejos; desde un lugar más allá de los mares llamado América.

—¡América, América...! Un día de estos tenemos que ir.

En aquella infancia de puchero hubo dos postres con semejante delicia donados por feligreses. El primero, gracias a la ofrenda de alguna solterona a las puertas del altar. San Antonio obra el milagro de encontrarle marido y ella corresponde cocinando unos pasteles para la comunidad. Benito devora su ración deprisa, muy deprisa. ¡No sea que el esposo se arrepienta!

El segundo, con motivo de una misa de difuntos. Un señor de fajín, mostacho, botas altas y sombrero ha perdido a su padre, aquejado de una larga enfermedad. El acta de defunción le ratifica heredero de sus muchas posesiones. Está apenado, está contento. Burla su ambivalencia donando a aquellos huérfanos una caja de bombones; al fin y al cabo, ahora